

PASTEL DE NAVIDAD

¡Qué buen puntacho te aventaste!, dijo Juan. Esto es a lo que yo llamo ser original, dijo Luisa. Mejor regalo no pudiste hacernos, confirmó Mariana. Los otros ocho invitados dijeron cosas parecidas. Lo cierto que todos estaban contentos, más bien eufóricos, con la sorpresa que les dio Gustavo. Es posible que la euforia también fuera tan grande por las copas que ya habían bebido para festejar las fiestas de fin de año. Al fondo se podía ver el árbol de navidad cuajado de luces y esferas y un poco más allá la mesa preparada para la cena de Navidad. Parte de la sala, donde se encontraban, estaba ocupada por regalos con grandes moños y papeles de colores. Yo quiero ser la primera, pidió Marcela. Mejor yo, solicitó Luís. Vamos a hacer una rifa para que sea parejo. Y ni tardo ni perezoso Miguel se puso a hacer papelitos donde anotó los doce números y posteriormente los repartió doblados. Yo tengo el número uno, gritó Jorge, a mí me toca. ¿Y si esperamos a Mario?, no ha de tardar, también tiene derecho; pidió Ester. Lo desinvité, informó Gustavo. Con él íbamos a ser trece y ya saben...Hiciste bien, dijo Mariana mientras terminaba su copa, yo no me hubiera sentado a esa mesa. ¡Empecemos entonces!, pidió Jorge. ¿Dónde me siento?

La sorpresa que les tenía Gustavo a su grupo de amigos era traer a una adivinadora para que les profetizara lo que iban a vivir el año siguiente que ya estaba muy próximo. Pensó, y tuvo razón, de que iba a causar sensación. Sensación por el hecho en sí, pero también por la mujer que apareció. Era alta, morena, de ojos claros, de nariz aguileña, de pelo muy negro recogido. Vestía algo parecido a los vestidos de las llamadas húngaras a mediados de siglo. Una especie entre gitana y bruja. Al pronunciar sus

primeras palabras todos tuvieron un escalofrío. Era una voz baja, húmeda, vibrante. Dijo que sólo iba a leer la mano a uno de los presentes y que ella lo escogería. Gustavo le recordó que la contrató para que se las leyera a todos. A uno solo, dijo, y si no están a gusto me retiro. ¿Y el dinero que te di?, preguntó Gustavo. Se lo regreso, afirmó ella. Hubo risas y comentarios. Entre todos decidieron que estaba bien, que se la leyera a uno solo, pero que fuera en presencia de los demás. La mujer escogió a Pedro, el más tímido del grupo. Éste se sonrojó, los demás festejaron el hecho. La mujer lo tomó de la mano, lo llevó a la mesa del comedor y ahí le pidió que se sentara. Invitó a todos los demás a ocupar sus puestos. Ella quedó de pie. ¿No se sienta?, preguntó Mariana. Así estoy bien, afirmó ella. Pedro, con la mano extendida miraba ansioso a Oliva, la adivinadora. Ella la examinó con lentitud, pasó la punta de sus dedos por las partes planas y las protuberantes, con su uña repasó la línea de la vida. Hace seis meses te operaron, estuviste grave. Pedro empezó a sudar, recordó la operación de emergencia que le hicieron cuando se le reventó el apéndice. Aquí veo que tus padres se acaban de divorciar. Tu padre tiene otra mujer. Tu madre sufre mucho. Pedro, cabizbajo, asienta con la cabeza. En tu trabajo te avisaron que habrá una revisión y que es posible que te separen de la compañía al iniciar el próximo año. Sí te van a despedir. Pedro se levanta como resorte de su silla diciendo que no es cierto. Lo que digo siempre se cumple, afirma la mujer, logrando que Pedro se siente de nueva cuenta. Uno de tus amigos presentes te ayudará y saldrás adelante. Ahora todos suspiran aliviados. Pedro pasa la mirada a cada uno de los presentes. Todos le sonrían. Él hace lo mismo. Aquí veo algo terrible: una muerte. Pedro retira violentamente la mano, dice en voz alta que ya no quiere seguir escuchando. Es un juego, le dice Ester, no creas nada. Pedro mueve negativamente la cabeza para afirmar que todo lo que ha dicho esta mujer es cierto y que si habla de muerte será también verdad. Se pone de pie y se

traslada al otro lado de la mesa. No importa, dice con seguridad Oliva, ya vi lo que tenía que ver. Hay una muerte...¡No quiero oír!, gimió Pedro. Una muerte el día de hoy, en este sitio. Ahora todos la miran asustados, alguno trata de reír por los nervios. Morirá uno de los presentes después de comer pastel. El pastel de Navidad. Es todo, terminó. Me retiro.

Gustavo la acompañó hasta la puerta. Al regresar vio que toda la concurrencia estaba seria, asustada. Pensó que de balde todo el dinero que había invertido y el tiempo utilizado en organizar esta cena. Decidió tomar cartas en el asunto. ¿A poco le creyeron a esa vieja? Lo hizo para asustarnos. Nadie puede saber el futuro. Mejor vamos a echarnos otra que ya falta poco para la cena. ¿Qué prefieren, whisky, tequila o ron? Ustedes nomás pidan. Creo que nosotros nos vamos, dijo Elena llevando de la mano a su marido Ignacio. Aquí nadie se va, aseguró Gustavo. Tengo meses preparando esta cena y no me van a dejar como novia de pueblo vestido y alborotado. Repito que todo lo que dijo la mujer son puras mentiras. Si hubiera una adivinadora de verdad el mundo sería otro. Se podrían predecir terremotos, accidentes de aviones, todo el mundo podría ganar a la lotería. La invité porque pensé que iba a ser divertido. Creí que nos iba a hablar de amores futuros de cada uno de nosotros y ya ven con lo que salió. ¡Pinche vieja!

Elena no se fue y llegó la hora de la cena. Por más que bebieron y escucharon música nunca volvieron a entusiasmarse. La cena, aunque era la tradicional, estuvo deliciosa. El mesero, contratado, retiró todos los platos. Al terminar preguntó que si ya traía el pastel. Se hizo silencio. Gustavo dijo que sí, que por supuesto. Que después trajera el café. Yo no voy a querer, dijo Mariana, ni yo, afirmó Pedro. Ay, no sean nacos, dijo Gustavo, me extraña de todos ustedes. Todos somos profesionistas, todos tenemos cultura. El pastel lo hizo, a petición de ustedes, la señora Erika Müller. Siempre me están pidiendo de sus galletas y pasteles. Este es el mejor de

todos, la Sacher torte. Es deliciosa, tuvo que reconocer Marcela, pero ya cené mucho. Yo también, dijo Luisa, ya no me cabe nada. Además los kilos... Uno a uno fueron rechazando el pastel que ya había cortado Gustavo. Éste, por las copas bebidas y por el disgusto perdió el control. ¡Con una chingada! Gritó más que dijo. ¿Piensan que yo los voy a envenenar? No es eso, lo que pasa es que cenamos mucho, ya te lo dije, trató de mediar Juan. Si quieres mañana venimos a comerlo. ¡Se lo comen ahorita!, volvió a gritar Gustavo. Pues fíjate que no, tú no eres nadie para darnos órdenes, contestó molesto Jorge, es más, ya nos vamos. Nadie se va sin comer mi pastel. No insistas, rogó Mariana. ¡Bola de cobardes, coyones todos! Han de estarse orinando o cagando de miedo. ¡Pendejos! Furioso mientras decía estas palabras iba poniendo pedazos de pastel en los platos. Todos se pusieron de pie para irse. Gustavo empezó a reír casi convulsivamente. ¡Cómetelo tú si eres tan valiente, a ver, hazlo! Lo retó Manuel, a qué no te atreves. Claro que me atrevo, pinche acomplejado, mira para que se te quite. Gustavo empezó a comer pastel tomándolo de todos los platos, se llenó la boca y seguía metiendo pedazos. Se empezó a asfixiar. Todos asustados se retiraron de él. Cayó al suelo. Alguna mujer pidió que hicieran algo. Gustavo se puso morado. Ahora todos lo miraban sin hacer nada. Gustavo tuvo una pequeña convulsión y quedó muerto. Los invitados fueron retirándose lentamente, pasaron a la sala, recogieron sus regalos, fueron por sus abrigos y salieron de la casa. Gustavo quedó semicubierto por el mantel que colgaba. Al entrar el mesero vio la mesa llena de pedazos de pastel, no vio al cadáver. Cómo es puerca esta gente, se dijo así mismo. Después se llevó un buen trozo del pastel a la boca. Está delicioso, afirmó, transportando el resto de éste a la cocina.

Tomás Urtusástegui

Diciembre 2006